

# 20 TONELADAS

## Arte Contemporáneo para Turistas

Luis Izquierdo-Mosso



Lapislätzuli

20 Toneladas ~	12
No entiendo ~	24
Una limpiadora tira a la basura una obra de arte vanguardista en Italia ~	33
Arte es todo aquello expuesto como Arte ~	42
No quiero que con mis impuestos se paguen esas mamarrachadas ~	46
100.000 billetes de un dólar ~	49
Es una lata el trabajar ~	54
Los buenos negocios son el mejor Arte ~	59
Por el amor de Dios ~	66
100 millones de pipas de girasol ~	73
Cloaca ~	78
¡Esto es una mierda! ~	84
Te ofrezco mi cuerpo ~	87
Piss Flowers ~	90
Me gusta el olor a Expresionismo Abstracto por la mañana, huele a...Victoria ~	95
Monos que salpican pintura ~	98
Tu cuerpo es un campo de batalla ~	105
Mi esposa es artista, y yo soy artista, y tuvimos una pelea ~	114
Buscamos sobre todas las cosas claridad, simplicidad e integridad ~	120
Teatro, Orgías, Misterios ~	126
Los hombres actúan y las mujeres aparecen ~	132
La muerte no existe para los vivos ~	155
Pinchazo a pinchazo ~	171
El cuerpo está obsoleto ~	178
Ser ella misma ~	187
No son autorretratos ~	199
Internet no es la realidad ~	206
El Arte político tiene dudas, no certezas ~	209
Os protegemos de vosotros mismos ~	235
Desgarradoramente ~	256
La camiseta la compraron en un H&M y el puñal en un bazar ~	262
Cuando camino, todo se vuelve más sencillo ~	273
La confianza ~	285
8 de marzo de 2008 ~	298
Payaso de las bofetadas ~	307
Pandémico epílogo ~	315
Artistas invitados ~	316
Créditos fotográficos ~	324

“¡20 toneladas!... Han tenido que romper una pared para meter una grúa”. Así me lo dijo, sin mirarme, plantados los dos delante de aquella pieza de hormigón suspendida de una estructura metálica.

Aquel conserje del Museo de Bellas Artes de Bilbao me quiso ilustrar sobre una escultura que formaba parte de la exposición de obras de Eduardo Chillida. La pieza era *Lugar de encuentros IV* (1973) y ahora se puede ver en el exterior, al lado de la puerta de entrada al Museo, tal como muestra la otoñal imagen de la derecha.



Fui a ver aquella exposición como iba a todas las que aquel Bilbao gris me ofrecía. Chillida me gustaba. Había poca gente, casi nadie. Me planté frente a la mole de hormigón suspendida de una estructura metálica y estuve un buen rato. No sé en qué me fijaba: ese color gris de obra sin acabar, las marcas del encofrado, los cables que la aguantaban, el desarrollo de esas formas que combinan rectas y curvas... El vigilante se apiadó de mí y, matando un poco su aburrimiento mientras justificaba su vocación de cicerone, se colocó a mi lado y, sin mirarme ni dejar de mirar la pieza, resumió su esencia en aquellas dos palabras: «20 toneladas».

Me lo dijo como quien comparte un secreto, regalándome un dato que él, por su profesión, conocía y que supuso me gustaría saber. La amabilidad del vigilante, combinada con mi insolencia juvenil preñada de prejuicios, me incomodó. Me preguntaba quién era aquel individuo para reducir una escultura del gran Chillida a su peso. Me pareció que aquel hombre no tenía ni puñetera idea de todo aquello, que se sentía superado por unas obras de Arte que no entendía, en las que solo veía los detalles más intrascendentes.

La pieza pesa 16 toneladas, que igual es la cifra que me dio el vigilante. La memoria se afloja mientras se fijan las experiencias. Y aquel hombre tocó una tecla afinada. El peso es importante, decisivo, en esta obra. Por eso es de hormigón, por eso está suspendida, luchando contra la fuerza de la gravedad, por eso el material es crudo, visible, claramente reconocible. Pesado. El espacio interior que crea la escultura es un lugar de encuentros para valientes, para intrépidos, para irresponsables.

Si Chillida hubiera querido hacer una escultura ligera o airosa, hubiera podido utilizar láminas de aluminio, plumas, globos o cualquier otra cosa hinchable o hinchada. Pero no, usó hormigón, material de construcción, material como el que se usa para hacer presas, puentes, casas. Todo pesado.

El vigilante me dio una clave magnífica, pero yo miraba el aire, yo me miraba el ombligo, yo miraba al vigilante como a una pieza del Museo que ha de hacer cualquier cosa menos explicarme a mí lo que es una obra de Arte, como a un individuo que ni siquiera debiera hablar de Arte.

Puede que asociara aquel conserje con un señor, vecino mío, que años atrás había sido conserje del mismo museo. Era uno de los trabajos típicos para antiguos guardias civiles, como era el caso, después del retiro del cuerpo del tricordio al cumplir los cincuenta años.

Mi vecino, tras años rodeado de cuadros y ante mi infantil vocación pinturera (que parece que le hacía gracia) me dijo alguna vez una frase, un chiste, un mantra de autoayuda, un no-sé-qué: «¡Ay de aquel que